

Andrés Trapiello

La Fuente del Encanto

Poemas de una vida
(1980-2021)

f)L Fundación José Manuel Lara
Vandalia

Vandalia, 100

Director de colección: Jacobo Cortines
Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: junio, 2021

© Andrés Trapiello, 2021
© Fundación José Manuel Lara, 2021
Avda. Reino Unido, 11, 1º. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Diseño de colección: Estudio Manuel Ortiz
Maquetación de interiores: Manuel Rosal
Maquetación del cuaderno gráfico: Alfonso Meléndez
Ilustración de cubierta: Thérèse de Dillmont, *Enciclopedia de labores de señora*,
Moulhouse, Francia, s.a.
Fotografías de interiores: Archivo de Andrés Trapiello
Fotografía del autor: Rafael Trapiello

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 959-2021
ISBN: 978-84-17453-71-8
Printed in Spain-Impreso en España

Esta es una meditación sobre mi vida poética.

Si algún libro me habría gustado escribir con los ojos cerrados, por acortar la distancia entre el ayer y el mañana, es este. Al fin y al cabo me queda por delante mucho menos de vida que la que he dejado atrás, y tú, que lees esto, acaso tampoco seas ya de este tiempo. Si hemos de hablar ahora, hagamos que este coloquio nuestro sea como el de los perros, de igual a igual, con el animal de fondo a la vista, vivos y muertos.

La poesía que me gusta es la más sencilla, la que comprende cualquier persona con algún hábito de lectura. Uno de los grandes encantos del arte y de la literatura reside en mostrarnos el misterio de la existencia, ese que debemos conocer sin destruirlo y que se nos entrega por lo general con la mayor naturalidad.

Detrás de la casa que tenemos en el campo extremeño se extiende un olivar. Rampa este por un monte de pendiente fatigosa. La propiedad se conoce, desde el siglo XVIII, y quizás antes, como Lagar del Corazón, por la forma de su perímetro, supongo, pues tiene, en efecto, forma de un corazón. Aunque igual fue solo otra más de las advocaciones religiosas (Corazón de María, Sagrado Corazón) que tienen algunos lagares próximos (Las Mercedes, San Antonio, San Gregorio). Nunca me hubiera atrevido a ponerle un nombre como ese a nada, pero me gusta que otros lo hicieran en un tiempo menos afectado que el nuestro.

En lo más alto del olivar hay una encina centenaria, y a su sombra mandamos construir un velador y un banquito de pizarra. Desde aquella altura la vista se derrama hasta los montes de Gredos, a más de cien kilómetros de

— | | —

distancia. Es nuestro «infinito», y allí se han oído siempre los «*sovrumani silenzi*» como en ningún lugar de la Tierra que yo haya conocido.

He pasado en aquel rincón muchas horas y en todas las estaciones del año, a veces acompañado, otras muchas solo. De los hechos de los que hablo ahora unos son lejanos y otros cercanos, pero todos están vivos para mí y forman parte solo de mi intimidad; me recuerdan a las aguadas lejanías azules que se columbran desde aquel cerro.

Yo no conozco nada más íntimo que un poema. Cuando he tratado de explicar los míos a alguien que me importa, balbuceo y acabo diciendo vaguedades o, peor, lugares comunes para salir del paso, repitiendo, tartamudo, lo que se encontraba ya escrito en el poema.

No obstante, el contexto puede arrojar sobre el poema una luz que le ayude a revelarse. De eso trata este libro, de algunas de las circunstancias en que fueron escritos estos poemas, por si eso te ayuda no ya a comprenderlos mejor (para eso no hacen falta explicaciones), sino a ponerles un paisaje alrededor («paisajes del alma», dijo Unamuno precisamente porque el alma tiene también sus paisajes). Más que revelaciones (mi alma es bastante transparente), desvelamientos y desvelos.

Aquí van, pues, mis primeros pasos poéticos y los que a ellos siguieron hasta ahora mismo, mis lecturas, amigos y maestros, las poéticas personales y algunas de mis contemporáneos, y también algunos asuntos que me ayudaron a comprender los poemas que he ido intercalando a lo largo del relato.

¿Con qué objeto? Para tratar de hacérmelos visibles a mí y por hacerte compañía a ti.

Estos poemas, y algunos más que se han quedado ahora fuera por razones de espacio, son lo que más estimo

de cuanto he escrito. A nadie se le escapa tampoco que la estima y el valor no siempre están relacionados.

Aquí te llegan la prosa y el verso, la novela de la vida y la poesía. Forman un todo inseparable. Siempre he creído que vivir es intentar vivir poéticamente y que la poesía escrita es, sobre todo, aquella que perfecciona nuestra vida, nuestro vivir.

Mi propósito ha sido, en lo general, presentar mi pequeña verdad «a quien conmigo va», conocido o desconocido; y poder merecer en mi fuero interno el pudoroso título de poeta. «Ser poeta es difícil; querer serlo, más difícil todavía; saber serlo, difícilísimo», decía Juan Ramón Jiménez al final de su vida.

Hay dos clases de poetas, los que hablan para muchos y los que hablan para sí mismos. No son unos más que los otros. Es su naturaleza. Ejemplos egregios de los primeros fueron Homero, Shakespeare, Walt Whitman, Rilke; de los segundos, Emily Dickinson y Miguel de Unamuno, que en prosa era de los otros. Yo pertenezco a esta última especie. Las cosas que he dicho en mis poemas se han dicho todas, creo, sin despegar los labios, del mismo modo que muchas de las que he escrito me parece haberlas escrito también con los ojos cerrados.